



FRANCIA VIUDA DE DEGAULLE

LA NOCHE NEGRA DEL GENERAL

por **EDUARDO G. RICO**

Yo estaba allí, pero por casualidad; no quiero tirarme un farol periodístico. Iba en otra dirección, hacia un objetivo más lejano. Todos los tópicos —«París, siempre París», «Mi novia es de mi tierra, mi querida de París» (Rubén Darío), «A París» de Ives Montand, y hasta aquel

comentario de pasada sobre un sitio muy grande que se llamaba París, tan patéticamente formulado en prosa poética a su madre por el gran César Vallejo, que cumplió su profecía (sin aguacero) y vela las armas del París nuevo desde el «Père Lachaise»—; todos los tópicos,



6

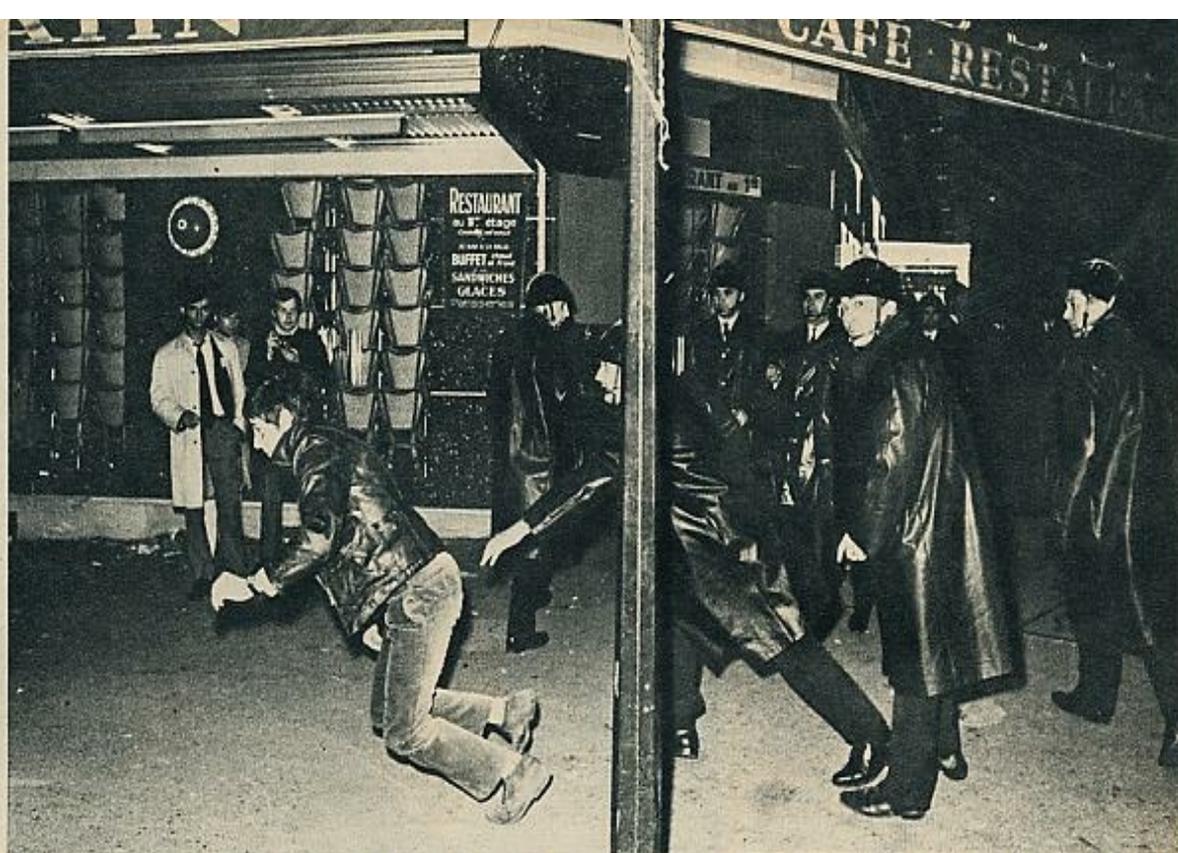
LE CENTRE
VEUT

C'est pourquoi il REFUSE
LE CENTRE VEUT

C'est pourquoi il REFUSE

À PLUSIEURS QUESTIONS
EST INACCEPTABLE

W



LA NOCHE NEGRA DEL GENERAL

«Empiezan a caer los paneles de propaganda. Los primeros los gaullistas y los de derecha. Siguen los del centro... Se oye una voz: "Mejor De Gaulle que Guy Mollat". Incendio de los paneles socialistas. El último sacrificio no tarda. El "votad no" de los comunistas cae»...



digo, se reunían para condicionar un viaje diferente. A París se la ama —es la palabra justa para París, amarla—, pero se la ama mejor desde lejos, mejor de pronto, y hasta la vista... París de los turistas ingleses —postal del cielo pintada por el Sena— con sus mínimas estafas de Pigalle, tan ingenuamente pornográfico como siempre, tan ingenuo en el «souvenir» de compromiso; París de la blasfemia, desde el catolicismo de Buñuel —con «ene»— hasta la violencia de Paniza a teatro lleno con aval de Bergamín. París «la nuit», de norteamericanos en manada, vía Moulin Rouge u Olympia... París de las sirvientas españolas, las «chambras» y la «salle Wagram».

París ha cambiado poco. Malraux le ha lavado la cara a la historia en aras de la «grandeur», y Notre Dame ha malrecuperado sus cientos de años, lo mismo que la Academia Francesa y todos los edificios más o menos oficiales o artísticos; le ha lavado la cara a la historia aunque no haya hecho nada en favor de una buena ducha sobre la sociedad francesa, entre otras razones porque ya no piensa igual que en 1933 sobre tales duchas. París ya es, definitivamente, la gran ciudad de la sociedad de consumo, los «drugstores» que vencen a los «monoprix», la prostitución motorizada, y como ejemplo contundente y decisivo —muchos lectores lo comprenderán así— con Celine en todos los escaparates, con libros sobre Celine, con el último Valland, el escéptico inteligente, con Colette... de la mano de Rosa Luxemburgo y Regis Debray, y los mil y un periódicos de los «grupúsculos».

Yo estaba allí, en la place Saint Michel, frente al café que amaba Ernest Hemingway —Francia, inalisto, exige este verbo; lo ha inventado—, en torno al joven barbudo del transistor. Eran las ocho en punto de una tarde más otoñal que de primavera, con crepúsculo de tonos suaves. Pero la escena no se ofrecía propicia a la prosa poética. El que estaba más cerca del transistor gritó: «¡De Gaulle est mort!». El grito se extendió veloz. Un «flic» —ya había centenares en el boulevard— se acercó y propinó al primer «exaltado» una terrible bofetada. La guerra había comenzado.

Día de establishment

Quien estuviera en París para contar el desarrollo de las elecciones, pocos elementos podía tener en su mano. Era un día normal, como cualquier otro —menos en la orilla derecha (¿reinaba el miedo?), que aparecía semidesierta—. Pero ningún dato más. Enormes colas para ver el film de Buñuel, para ver «Z», la gran película sobre la Grecia que precedió a los coroneles; para asistir al «Concilio del amor» de Paniza. París da para



LA NOCHE NEGRA DEL GENERAL



El general, en Colombey. Son las siete de la mañana. Empezaba su día más largo. El fin de su reinado. De Gaulle va a votar. Más tarde la espera solitaria por los jardines de Le Boissier. Nuestros fotógrafos consiguieron el documento que publicamos abajo, a pesar de la protección que rodeaba la villa...



LAS COSAS CLARAS

¿Es un apasionado de la fotografía?
¿Le gusta encuadrar con precisión?



Bien. Mire por un visor de gran luminosidad. ¿Desea fotografías en la noche, en interiores o en días nublados? Necesitará un obturador graduable. ¿Quiere fotos en blanco y negro con extensa gama de grises? Piense en una buena lente. ¿Busca los colores vibrantes de la realidad? ¿No le agradan las medias tintas, ni las imágenes borrosas? Entonces, las cosas claras, Vd. lo que quiere es la nueva cámara INSTAMATIC 133 de Kodak.

Con el nuevo equipo de color Instamatic 133 obtendrá fotografías claras, perfectas, en blanco y negro o color. Y ¡Por supuesto! también transparentes diapositivas. Pídala en su proveedor Kodak.

Con el nuevo equipo de color Instamatic 133 obtendrá fotografías claras, perfectas, en blanco y negro o color. Y ¡Por supuesto! también transparentes diapositivas. Pídala en su proveedor Kodak.

¡Por supuesto! también transparentes diapositivas. Pídala en su proveedor Kodak.

PELICULAS

Kodak

CAMARAS



todo: para leer a Celine y para admirar «La vía láctea».

Fue un día más del «establishment», salvo para muy pocos. Quizá sólo para los pocos que estuvimos en el Ministerio del Interior o en Radio Europa número 1, siguiendo al minuto los resultados de la elección, del referéndum. Un referéndum decisivo: el desafío de un gran orgulloso. Una jugada a todo o nada: hay que buscar imágenes en el póker —en la gran política— antes que en el ajedrez para entenderla.

Los «afiches» de la propaganda pre-referéndum decoraban las paredes habitadas a proclamar los estrenos excepcionales, las veladas importantes. El más significativo y eficaz, sin duda, el gaullista. Letras negras sobre fondo amarillo: «Votar sí es votar la seguridad». Llamada directa a la pequeña burguesía (no a la grande, que decidiría la elección, por supuesto en contra), a la familia del televisor y la lavadora, a la sociedad integrada, al «establishment».

La lucha a muerte Europa número 1 contra Radio Luxemburgo llegaba a su «climax» cuando caía la tarde. Naturalmente, ganó Radio Europa como ganó «Le Monde». Y por fin: «¡De Gaulle est mort!».

Barrio Latino: Movilización espontánea

Poco a poco, el boulevard St. Michel se fue poblando de grupos; grupos mínimos a la vera misma de auténticos regimientos represivos. Mientras cenó a toda prisa en el propio boulevard, dos extranjeros me preguntan. Respondo con la noticia. Uno de ellos salta de alegría: «De Gaulle kaput». Alemanes de la oposición. De la oposición a la sociedad del «bienestar», naturalmente.

A las once, el desbordamiento. El boulevard aparece repleto de coches. La calzada, bloqueada por los automovilistas anti-De Gaulle. Las calles adyacentes, bloqueadas por los «flics», armados hasta los dientes con arreglo a los nuevos procedimientos represivos: rue de Sommerard, rue des Ecoles, rue Saint Severin, place de St. André des Arts. Algún comentario a mi lado, grita, más bien: «¡Mayo! ¡Mayo otra vez!». ¿Hay miedo o alegría en esta voz interferida por el alboroto general?

Los jóvenes invaden la calzada. Se distribuyen entre los coches... ya funcionan los «slogans». Se escucharán, desde ahora, doce de la noche, hasta la madrugada: «Le pouvoir est dans la rue», «Ce n'est qu'un début», «La combat continue»... Los recitan sílaba a sílaba mientras los automovilistas acompañan con sus «claxons». Ya son millares los coches, millares los manifestantes, centenares los fotógrafos.

Primera carga

Manifestación inesperada, de pronto, desde el café de Cluny en



dirección a Odeon. Surgen banderas de no se sabe dónde. Banderas rojas, banderas negras, sobre todo, portadas generalmente por muchachas, las más combativas, sin discusión.

A la altura de la rue Danton, primera carga. Desconcierto general, carreras y dispersión. Los automovilistas intentan infundir moral manteniendo con firmeza su concierto de «claxons».

«De Gaulle est mort»... En el boulevard St. Michel, ahora abajo, en el arranque de la plaza, nueva concentración: «¡A la Bastilla!». Empieza la caminata, se cruza el puente sin dificultad. La represión queda arriba, a la altura de Saint Germain. Se ocupa la calzada. Se grita y se canta. Realmente nadie sabe adónde va, qué quiere en concreto. Si se conocen los fines últimos: son los de mayo. Pero hoy, esta noche, la presencia en la calle es un acto político que se trasciende a sí mismo. ¿Quién marcha en cabeza? Los abanderados negros, los «grupúsculos». No hay comunistas, no hay P.S.U., no hay socialistas, por supuesto. No es una hipótesis gratuita, ni una aseveración aventurada sobre datos recogidos al oído. Cuento lo que veo. Los hechos cantan. Ya estamos en la orilla derecha, rue de Rivoli. Empiezan a caer violentamente los paneles de la propaganda. Los primeros, claro, los gaullistas y los de la derecha. Siguen los del centro. Los del Partido Socialista continúan en pie; son enormes y el nombre del partido figura en grandes caracteres. Se oye una voz: «Mejor De Gaulle que Guy

Mollet». Inmediatamente, incendio de los paneles socialistas. El último sacrificio no tarda. El «votado no» de los comunistas se convierte en trizas.

La segunda

A mi lado se detiene un coche; es un «Peugeot» último modelo. Una muchacha que lo conduce me grita: «Cuidado... Ahora al boulevard Sebastopol». Unos segundos después aparecen de nuevo los policías, con sus cascos brillantes, su mirada fría, su increíble similitud con las fuerzas S. S. Su crueldad. Alguien me asegura, un periodista francés que corre —he escrito «corre»— a mi lado, que hoy la represión es más dura que en mayo.

Regreso general al Barrio Latino. Desde arriba, desde los últimos pisos de los edificios se emiten gritos antidegolistas; desde abajo se responde: «Bajad a la calle». «Contestación» total. Maniqueísmo. No hay términos medios.

En el puente, ya de vuelta, cerco absoluto. Los dos extremos ocupados. ¿Qué hacer? Me detengo y me pongo lentamente la gabardina. Me subo el cuello. No hay estudiantes con gabardina (4.000 pesetas por la más modesta en París, y además con gabardina no se puede correr). Empiezo a andar despacio. Los «flics» son más de cien. Me dispongo a caminar con ritmo de paseo y atravieso su grupo sin inmutarme. No hay novedad.

En el boulevard, la situación se

agrava. Cada vez es mayor la masa automovilística, nuevo medio de «contestación». Los «claxons» siguen la cadencia de los «slogans». Veo el coche del «Express»: está en la misma línea. ¿Es la voluntad del chófer o J. J. S. S. ha cambiado de rumbo? Esta es la hora de los enjuagues, de los pasteles, de las componendas, de los pactos más o menos «sanctos». Pero no hay tiempo para reflexionar.

En la rue de Sommerard, a la entrada, por el momento reina la calma. Un grupo de católicos discute con varios marxistas. El nivel no se parece al de «Cuadernos para el diálogo» —pido disculpas a nuestros amigos de la Redacción de esta revista, pero digo la verdad—.

Nueva carga y desbandada general. ¿Qué postura adoptar? Algunos —nosotros— estamos rendidos de cansancio. De repente me encuentro junto a un «Mercedes» flamante, último modelo. Me siento tranquilamente sobre el capó y enciendo un pitillo. Los «flics» pasan corriendo: no sufro ni la más mínima molestia.

Pero hay que salir como sea de esta situación kafkiana, desorganizada, resultado de un golpe de alborozo por un lado, de un golpe de rabia por otro. Subo, como puedo, hasta la rue Cujas. El «Cujas» está abierto toda la noche. Se le respeta. Frente a nosotros, una compañía de guardias. A mi lado, un intelectual español jactancioso y engreído. No diré su nombre. No hay diálogo. «El poder está en la calle». El poder por ambos lados, esto es obvio. Aquí, en el bar, copas de coñac a cinco francos, setenta y cinco pesetas.

Las cinco de la mañana. Bajo armado con toda la serenidad posible. La única arma permisible en esta noche turbulenta. Pasado el Cluny hay sangre en la acera. Los que caminan a mi lado bordean el charco. ¿Respeto? ¿Miedo mítico? Los «claxons» mantienen su concierto. Lo seguiré oyendo desde la habitación del hotel.

Cuento lo que he visto. No me permito interpretaciones explícitas. Tengo las mías propias, pero esto no es el sitio de formularlas. Eduardo Haro les transmitirá las suyas, desde una perspectiva distinta, menos mediatizada por este drama callejero. Mañana, los políticos decidirán. «De Gaulle est mort», se abre el postgaullismo. ¿Hacia dónde? El conserje del hotel me dice: «¡Bahl! No se preocupe, esto es muy largo, todo seguirá igual durante mucho tiempo».

Todo igual. Pero, ¿con estas noches? ¿Con estos combates sangrientos en pleno corazón de una ciudad con un millón de turistas, sindicatos de sociedad de consumo nada dispuestos a arriesgarse, una derecha poderosísima, la integración como perspectiva?

Testimonio la anécdota. «Contestación» a nivel estudiantil, sociedad fuertemente compacta. Sangre, sudor, elecciones a la vista y, posiblemente, alta subida de la Bolsa. Europa. Europa 1969. Europa neoparlamentarista, capital París. ■ E. G. R. Reportaje gráfico: GAMMA.